

JESÚS
MOSTERÍN
LA NATURALEZA
HUMANA



AUSTRAL

Índice

PORTADA

PRÓLOGO

1. ¿HAY UNA NATURALEZA HUMANA?

2. LA CONCEPCIÓN EVOLUCIONISTA

3. LA VIDA DEL VIVIENTE

4. EL ÁNIMA DEL ANIMAL

5. LA PRIMACÍA DEL PRIMATE

6. LOS GENES DEL GENOMA

7. MENTE, CEREBRO Y CONDUCTA

8. LENGUAJE Y NATURALEZA HUMANA

9. CULTURA Y NATURA

10. HOMBRES Y MUJERES

11. REPRODUCCIÓN Y EUGENESIA

12. MUERTE Y EUTANASIA

13. CONCIENCIA MORAL

14. UNA CHISPA DIVINA

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

CRÉDITOS

PRÓLOGO

¿Quién soy yo? A esta pregunta puedo responder con mi nombre, con mi número de identificación fiscal, con datos sobre mi nacimiento o, idealmente, con mi biografía entera. Más corta y sencilla es la respuesta a otra pregunta: ¿Qué soy yo? Yo soy un ser humano. Pero ¿qué es un ser humano? Un miembro de la especie *Homo sapiens*. ¿Qué tienen en común los miembros de la especie *Homo sapiens*? La naturaleza humana. ¿Y qué es la naturaleza humana? Para responder a esa pregunta he escrito este libro.

Antes de abordar directamente el estudio de la naturaleza humana, el capítulo 1 despacha brevemente las opiniones que niegan su misma existencia. Más compleja es la cuestión de en qué consista la naturaleza humana. En nuestro tiempo, la única manera intelectualmente honesta de abordar el tema pasa por el enfoque evolucionista, que se introduce en el capítulo 2.

Los diversos estratos de nuestra naturaleza corresponden a los distintos períodos por los que ha atravesado nuestra evolución. Cada etapa, cada vicisitud ha dejado sus huellas. La estructura actual de la naturaleza humana recapitula la historia filogenética del linaje humano. En cierto sentido, somos lo que fuimos. Por eso, la manera más objetiva de articular en qué consiste nuestra naturaleza es siguiendo el hilo conductor de nuestra historia. Los capítulos 3, 4 y 5 analizan los estratos de nuestra naturaleza, correspondientes a otros tantos hitos de nuestra historia evolutiva, reunidos en torno a nuestra condición de seres vivos, a nuestra animalidad y a nuestro rango de primates.

La naturaleza humana no es una entelequia etérea, sino que está anclada en la realidad robusta del genoma. En una época como la nuestra, marcada por el avance espectacular del Proyecto Genoma Humano, resultaría anacrónico hablar de la naturaleza humana sin tener en cuenta los genes en los que se articula y codifica. Este anclaje genético de nuestra naturaleza se aborda en el capítulo 6.

La mente, el lenguaje y la cultura son aspectos fascinantes y siempre subrayados de la humanidad. La mente, que abarca las funciones conscientes del cerebro, ha sido objeto de diversos enfoques psicológicos y neurológicos, que se analizan someramente en el capítulo 7. Desde luego, también el lenguaje y la cultura dependen del cerebro. El capítulo 8 está dedicado al lenguaje, que suele ser considerado como el rasgo más peculiar y emblemático del ser humano, aquello que más nos diferencia de los otros animales. La cultura y su evolución son objeto de análisis en el capítulo 9, que también trata de la política cultural y sus malentendidos.

La naturaleza humana se presenta en dos sexos diferentes, machos y hembras, y se renueva y mantiene gracias a las deliciosas y conflictivas relaciones entre hombres y mujeres, consideradas en el capítulo 10.

El nacimiento, la reproducción y la muerte son los hitos que delimitan nuestra existencia. En torno a ellos se plantean cuestiones de gran calado social, con frecuencia envueltas en la bruma de la ignorancia y el tabú, como el control de la natalidad, la eugenesia y la eutanasia. Estas cuestiones son abordadas en los capítulos 11 y 12.

Los capítulos 13 y 14, finalmente, se ocupan de los aspectos morales y espirituales de la naturaleza humana, desde la reflexión sobre la toma de decisiones hasta la capacidad del cerebro humano de trascender los límites del propio organismo y del propio yo para alcanzar la comunión intencional con el Universo.

La primera mitad del libro es más teórica y científica, la segunda es más práctica y ligada a cuestiones polémicas, pero ambos puntos de vista están presentes e imbricados en todos los capítulos. Estoy de acuerdo con José Ortega y Gasset en que la claridad es la cortesía del filósofo, aunque tampoco olvido el adagio de Albert Einstein: Hay que explicar las cosas todo lo sencillamente que se pueda, pero no más. He procurado presentar las cuestiones científicas del modo más claro de que soy capaz. Si, a pesar de todo, el lector encuentra algún párrafo difícil de roer, sálteselo sin más y siga leyendo; seguro que enseguida volverá a entenderlo todo. He tratado de ser objetivo, de basar mis análisis en la mejor información disponible y de ofrecer una visión del mundo y del ser humano que sea coherente, racional y compatible con los resultados más sólidos de la investigación. No he rehuido las cuestiones polémicas relacionadas con la naturaleza humana, no me he refugiado en los tópicos «políticamente correctos» y he expresado mi opinión sin tapujos.

Uno nunca sabe si lo que escribe va a servir para algo. A mí me gustaría que este libro sirviera para fomentar la virtud de la lucidez, que contribuyera a elevar nuestro nivel de autoconciencia de lo que somos y, por lo tanto, a sentar las bases para una discusión de los temas relacionados con la naturaleza humana que fuera serena, racional, objetiva y ayuna de prejuicios y tabúes.

En la introducción a sus *Lecciones de Lógica* (1800), dice Immanuel Kant que todo el campo de la filosofía (en sentido mundano) se deja reducir a las siguientes preguntas:

- ¿Qué puedo saber?
- ¿Qué debo hacer?
- ¿Qué me cabe esperar?
- ¿Qué es el ser humano?

«En el fondo —agrega Kant— cabría atribuir todo esto a la antropología, pues las tres primeras preguntas remiten a la última.»

De todos modos, a lo largo de la Historia, la antropología filosófica ha sido una empresa prematura, dada la ausencia de datos y conocimientos sobre la naturaleza humana en los que basar la reflexión. Téngase en cuenta que hasta hace poco más de un siglo no se sabía nada acerca de nuestro cerebro, ni acerca de la herencia, ni acerca de la evolución humana; ni siquiera se sabía que existieran genes o neuronas o ancestros prehumanos. A falta de información, que no de inteligencia, con frecuencia era difícil escapar a la mitología y la mera palabrería. Solo recientemente hemos empezado a disponer de suficiente información fiable como para aventurarnos a reflexionar con algún (desde luego, no mucho) conocimiento de causa sobre lo que somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Pero aún quedan muchos cabos por atar. Un libro realmente satisfactorio sobre la naturaleza humana solo podrá ser escrito dentro de cien años, cuando conozcamos mucho mejor que ahora las funciones de nuestros genes y el funcionamiento de nuestro cerebro; pero el autor, y supongo que el lector, no pueden esperar tanto.

En los últimos años la cuestión de la naturaleza humana ha saltado de la discreta penumbra de la erudición académica a los titulares de los periódicos. Ello se ha debido tanto a la imbricación del tema con las inquietudes suscitadas por los avances de la biotecnología como a los debates sociales en torno al nacimiento y la muerte. Autores tan conocidos como Edward Wilson, Peter Sloterdijk, Francis Fukuyama, Jürgen Habermas y Steven Pinker han publicado libros recientes sobre el tema, pero ninguno de ellos pretende siquiera dar una visión global y coherente de la naturaleza humana, sino que se lanzan de cabeza a la polémica de turno. Lástima, pues de otro modo me habrían ahorrado el trabajo de escribir este libro.

En aras de la claridad y como vacuna contra ambigüedades, uso un par de distinciones terminológicas poco habituales, pero útiles, como la distinción entre *humán* (ser humano en general) y *hombre* (ser humano macho), o la distinción entre *experimentar* (hacer experimentos) y *experienciar* (tener experiencias). La primera distinción está ampliamente argumentada y explicada al principio del capítulo 10, adonde puede dirigirse de inmediato el lector curioso o irritado. Para referirme a la macromolécula orgánica que sirve de soporte a la información genética (el ácido desoxirribonucleico), uso la sigla internacional DNA, como suelen hacer los biólogos moleculares, más bien que la sigla castiza ADN.

Este libro se ha beneficiado de la lectura previa, atenta, competente y detallada de varios de sus capítulos por colegas expertos en las materias respectivas, como Antonio Barbadilla, Miguel Beato, Jaume Bertranpetit, Eudald Carbonell, Camilo José Cela Conde, Antonio Fontdevila, Ricardo Guerrero, Carmen Maté, Ignacio Morgado, Andrés Moya, Salvador Moyà Solà, Jordi Sabater Pi, Manuel Soler, Adolf Tobeña y Marga Vicedo, que han tenido la generosidad de comunicarme sus correcciones, sugerencias y comentarios. Les agradezco sinceramente su valiosa ayuda. He seguido la mayor parte de sus sabios consejos, aunque no todos, por lo que no son responsables de los defectos que aún queden, debidos a mi contumacia.

Moià, agosto de 2005

JESÚS MOSTERÍN

1. ¿HAY UNA NATURALEZA HUMANA?

LA PRESUNTA INEXISTENCIA DE LA NATURALEZA HUMANA

Entre los fantasmas que ha producido el delirio de la razón, destaca por su extravagancia y recurrencia la idea filosófica de la inexistencia de una naturaleza humana. Todas las otras especies animales tendrían una naturaleza, pero los seres humanos serían la excepción. El *Homo sapiens* ni siquiera sería un animal, sino una especie de ángel abstruso y etéreo, pura libertad y plasticidad. La tesis de que los humanos carecen de naturaleza definida aparece ya elocuentemente expresada en el humanista Pico della Mirandola. Desde Pico hasta algunos conductistas, existencialistas y constructivistas sociales posmodernos, pasando por los idealistas y marxistas, muchos han pensado que la especie humana carece de naturaleza, que somos pura libertad e indeterminación, y que venimos al mundo como una hoja en blanco (*tamquam tabula rasa*).

Pico della Mirandola (1463-1494) estaba convencido de la superioridad del hombre sobre las demás criaturas. «Por eso Dios escogió al hombre como obra de naturaleza indefinida, y una vez que lo hubo colocado en el centro del mundo, le habló así: —No te he dado, oh Adán, ningún lugar determinado, ni un aspecto propio ni ninguna prerrogativa exclusiva tuya; sino que aquel lugar, aquel aspecto, aquellas prerrogativas que tú deseas, las obtendrás y conservarás según tus deseos. La naturaleza limitada de las demás criaturas está constreñida por las leyes que les he prescrito. Pero tú determinarás tu propia naturaleza sin ninguna barrera, según tu arbitrio, y al parecer de tu arbitrio la en-

trego. Te he puesto en el medio del mundo para que desde ese centro puedas ver más cómodamente todo lo que hay. No te he hecho celeste ni terrestre, mortal ni inmortal, para que por ti mismo, como libre y soberano artífice, te formes y te esculpas en la forma que hayas escogido» ¹.

En el siglo XVII, John Locke (1632-1704) sostenía que todo conocimiento procede de la experiencia. Resumiendo el primer libro de su *Essay*, escribe: «En las meditaciones que llevé a cabo acerca del entendimiento, me esforcé en probar que la mente es, al comienzo, una *tabula rasa*» ². Al inicio del segundo libro leemos: «Supongamos, pues, según lo dicho, que la mente es como una hoja de papel en blanco, vacía de cualesquiera letras y sin idea alguna. ¿Cómo llega a estar amueblada? [...] ¿De dónde le vienen todos los materiales de la razón y el conocimiento? A esto contesto en una palabra: de la experiencia» ³. Hablando de la educación, insiste en que el niño «es solo papel en blanco o cera, que habrá de ser moldeado y configurado como se desee» ⁴. La experiencia y solo la experiencia nos convierte en lo que somos. No hay instinto innato alguno.

En el siglo XVIII, Étienne de Condillac (1714-1780) y Claude Helvétius (1715-1771) creían que todos los seres humanos nacemos con exactamente las mismas capacidades, tendencias y talentos, y que los distintos influjos ambientales y educacionales bastan para explicar las diferencias observables de conducta. Condillac usó la metáfora de la estatua de mármol para defender el origen exterior de todas nuestras ideas. Helvétius pensaba que no solo no hay ideas innatas, sino tampoco capacidades innatas. Todo depende del ambiente, de la educación: «l'éducation peut tout» (la educación lo puede todo).

Según el filósofo idealista alemán Johann G. Fichte (1762-1814), el yo se pone a sí mismo en un acto de libertad absoluta, independiente de toda determinación natural. Según Karl Marx (1818-1883), el estado de las fuerzas pro-

ductivas y las relaciones de producción determinan lo que llamamos la naturaleza humana. «Esta suma de fuerzas de producción, capitales y formas de intercambio social con que cada individuo y cada generación se encuentran como con algo dado es el fundamento real de lo que los filósofos se representan como la 'sustancia' y la 'esencia del hombre'»⁵. Marx pensaba que la naturaleza humana es simplemente el resultado de las relaciones de producción, de tal modo que, alterando las relaciones de producción, cambiando las relaciones económicas, podríamos transformar la naturaleza humana misma. Así de fácil. De ahí el mito del «hombre nuevo», que desarrollaron los marxistas posteriores. A mediados del siglo pasado, Pol Pot (1925-1998) y otros becarios camboyanos se empaparon en París de la ideología del hombre nuevo, de moda entonces entre los marxistas franceses. De vuelta a Camboya, y aprovechando el caos inducido por la cercana guerra de Vietnam, instalaron la más implacable dictadura que registra la Historia, dedicada a la producción de un «pueblo nuevo», que sería austero, desinteresado y obediente. El gigantesco experimento social de los campos de la muerte, donde la población entera debería haber sido reeducada y transformada, se saldó en un rotundo fracaso: aunque un millón y medio de camboyanos (un tercio del total) perecieron, no se produjo el más mínimo cambio en la naturaleza humana, como se comprobó tras la invasión vietnamita y el subsiguiente derrumbe del régimen de Pol Pot.

El fracaso del experimento camboyanos no habría sorprendido a David Hume (1711-1776), el gran filósofo de la Ilustración y firme defensor de la naturaleza humana. Su gran interés por el tema se manifiesta ya en el título mismo de su obra más conocida, *A Treatise of Human Nature* [Tratado sobre la naturaleza humana]⁶. A Hume no le cabía duda de que «existe un curso general de la naturaleza en las acciones humanas, igual que lo hay en las operaciones del

sol o del clima» ⁷. También reconoce «que hay una gran uniformidad en las acciones de los hombres de todas las naciones y edades, y que la naturaleza humana permanece la misma en lo que respecta a sus principios y operaciones. [...] ¿Se desea conocer los sentimientos, las inclinaciones y el modo de vida de los griegos y de los romanos? Estúdiense bien el temperamento y las acciones de los franceses y de los ingleses» ⁸.

En el siglo XX, sin embargo, continuaron las negaciones de nuestra naturaleza. José Ortega y Gasset (1883-1956) afirmó «que es falso hablar de la naturaleza humana, que el hombre no tiene naturaleza. [...] En suma, *el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene [...] historia*. O, lo que es igual: lo que la naturaleza es a las cosas, es la historia —como *res gestae*— al hombre» ⁹. Los existencialistas, y en especial Jean-Paul Sartre (1905-1980), pensaban que el hombre carece de naturaleza, que en él la existencia y la libertad preceden a la esencia y la determinación, y que es a partir de esa existencia y libertad no naturales como construimos libremente nuestra propia esencia. En definitiva, los seres humanos seríamos libres de elegir nuestra propia naturaleza, con lo que volvemos a la posición de Pico della Mirandola.

John Watson (1878-1958), el fundador del conductismo, pretendía ser capaz de convertir a cualquier niño, a través de una educación adecuada, en cualquier tipo de ser humano o de profesional, con independencia de su idiosincrasia genética: «Dadme una docena de niños sanos [...] y garantizo que puedo escoger uno cualquiera de ellos al azar y entrenarlo para convertirlo en cualquier tipo de especialista que desee —médico, abogado, artista, gran empresario y también mendigo o ladrón, con independencia de sus talentos, inclinaciones, tendencias, habilidades, vocaciones y de la raza de sus ancestros» ¹⁰. Hoy sabemos que eso es imposible. Los psicólogos conductistas ignoraban

que nuestras reacciones dependen de nuestro cerebro, que a su vez depende de nuestro genoma. Tenían una confianza exagerada en la capacidad transformadora del condicionamiento social y pretendían que el comportamiento posterior del individuo depende exclusivamente de la educación y de los estímulos que haya recibido. El antropólogo Ashley Montagu (1905-1999) escribió que «el humano carece completamente de instintos. [...] El hombre es hombre porque carece de instintos, porque todo lo que es y lo que ha llegado a ser lo ha aprendido y adquirido de su cultura» ¹¹.

Esta doctrina es tan obviamente falsa para cualquiera que haya observado el comportamiento de los infantes, que no es de extrañar que haya desaparecido con la misma rapidez con que originariamente se difundió. Ya en 1869 escribía sir Francis Galton (1822-1911): «No tengo paciencia con la hipótesis, ocasionalmente expresada y con frecuencia implícita, especialmente en los cuentos escritos para enseñar a los niños a ser buenos, de que los bebés nacen todos iguales, y que los únicos factores que crean las diferencias entre niño y niño o entre hombre y hombre son la continua aplicación y el esfuerzo moral. Yo objeto de la manera más absoluta a las pretensiones de igualdad natural. Las experiencias del parvulario, de la escuela, de la universidad y de las carreras profesionales constituyen una cadena de pruebas en contra» ¹². Los avances de la genética, la etología, la psicología evolutiva y la lingüística han ido erosionando la confianza conductista en la maleabilidad de la conducta humana, lo cual no es óbice para que ciertas pautas de comportamiento hayan podido ser estudiadas con éxito y rigor mediante métodos conductistas.

El avance imparable en la exploración del genoma humano hace insostenible cualquier negación de nuestra naturaleza. Noam Chomsky ya había mostrado la incapacidad del conductismo para dar cuenta del desarrollo del lenguaje infantil ¹³. En 2002, Steven Pinker ha extendido el razo-

namiento chomskiano a todas nuestras capacidades en *The Blank Slate* [La tabla rasa], un ataque devastador contra la negación moderna de la naturaleza humana y contra las tesis de la tabla rasa, el buen salvaje y el fantasma en la máquina [como Gilbert Ryle (1900-1976) denominaba al presunto espíritu inmaterial al mando de un cuerpo material, según la tradición cartesiana ¹⁴]. Dejando de lado asuntos de detalle, Pinker tiene razón. Su libro ¹⁵ constituye un saludable revulsivo en el actual debate en torno a la naturaleza humana.

Pocas dudas caben de que la tesis de la inexistencia de una naturaleza humana o la de su carácter incorpóreo y cuasiespiritista son falsas. Aunque en el pasado las concepciones tradicionales, de raíz religiosa, han inspirado gran parte de las ideas filosóficas acerca de la naturaleza humana, su incompatibilidad con la ciencia actual las hace irrelevantes. Parece que lo que necesitamos es, valga la redundancia, una concepción naturalista de la naturaleza humana. Tal concepción solo ha resultado posible desde la revolución llevada a cabo por Charles Darwin (1809-1882) y sus seguidores en la biología. Aunque el naturalismo evolucionista ha triunfado en toda regla en el pensamiento científico y en la filosofía cercana a la ciencia, todavía colea la resistencia a considerarnos como lo que somos, como animales, y la predilección por los mitos que nos identifican con ángeles caídos, fantasmas incorporados, sujetos trascendentales en un reino de espíritus puros o meros productos culturales implantados en tábulas rasas.

A los filósofos clásicos de Grecia y China no les cabía duda de que hay una naturaleza humana, que explica gran parte de lo que somos y lo que hacemos, aunque carecían de los medios para explorarla objetivamente, por lo que no había manera de zanjar sus discrepancias. Baste con recordar las posiciones contrapuestas defendidas en China hace veintitrés siglos por los dos grandes filósofos de la escuela de los letrados, Mengzi (371-289 a. C.), también llamado

Mencius, y Xunzi (310-230 a. C.), partidarios, respectivamente, de la bondad y de la maldad intrínseca de la naturaleza humana. Según Mengzi, los seres humanos tendrían una tendencia congénita hacia la benevolencia (*rén*), basada en la compasión, y hacia la corrección o justicia (*yi*). Esta tendencia sería lo único que nos diferenciaría de los otros animales. Si no se cultiva, se acaba perdiendo. Según Xunzi, por el contrario, los humanos seríamos congénitamente agresivos, egoístas y pendencieros, y solo la educación y la cultura lograrían superar esas tendencias naturales y llevarnos a la benevolencia y la rectitud.

Aceptando que existe una naturaleza humana, como parece obvio, podemos preguntarnos en qué consiste. A responder a esta pregunta se dedica el resto de este libro.

2. LA CONCEPCIÓN EVOLUCIONISTA

EVOLUCIÓN BIOLÓGICA

Heráclito tenía razón: todo cambia, nada se está quieto, lo estático no existe. El Universo es una explosión, los continentes se trasladan, el vacío fluctúa. La aparente estabilidad del mundo es una mera ilusión. Las especies biológicas también participan en este devenir generalizado. Las especies cambian, pero no de cualquier manera, sino precisamente por evolución biológica o darwinista. Desde que en 1859 Charles Darwin publicó su famosa obra *The Origin of Species by Means of Natural Selection* [El origen de las especies por medio de la selección natural], la idea de la evolución ilumina y abrasa todo nuestro panorama intelectual.

La evolución biológica es un hecho. Ya no hay trilobites, tan abundantes en el Paleozoico. Y en el Paleozoico no había hormigas, tan abundantes ahora. Cualquier excavación del mismo yacimiento geológico nos revela fósiles distintos en los diversos estratos sedimentarios, que corresponden a épocas sucesivas. Es evidente que las especies evolucionan, que dan lugar unas a otras y que con frecuencia se extinguen. La ramificación del árbol de la vida se refleja también en la anatomía, la fisiología y la genómica de los organismos actuales. El estudio del genoma humano es también una empresa arqueológica: nuestros cromosomas almacenan fósiles genéticos de nuestras especies ancestrales, recuerdos de cuando éramos peces, medusas o bacterias.